

## EN TORNO AL PERSILES

Por José Luis Bermejo Cabrero

A juzgar por los trabajos de los últimos años, difícilmente puede hoy hablarse del olvido del *Persiles*. Pero la obra es tan trabada y compleja que lo trabajado hasta ahora puede calificarse de simple iniciación al tema. Queda tanto por hacer y tantos aspectos por examinar que la tarea apremia y no hay tiempo que perder. Sobre todo en nuestros días cuando ya no caben excusas para fustigar a golpes de realismo todo tipo de literatura más o menos imaginativa, al menos tras haber leído a Borges o tras recordar lo que algunos escritores de nuestros días han dicho del Amadís. Frente al esmero y cuidado puesto por Cervantes en el *Persiles* —con tantas horas de trabajo a sus espaldas—, la crítica —no la antigua crítica de la época— ha sido por lo general poco entusiasta. Y aun hay quien sólo salva el libro tercero, o poco más, sin apenas unas palabras de reconocimiento hacia una de las prosas más elaboradas y sutiles de la literatura universal. Pero vayamos con nuestro trabajo.

En esta especie de notas al hilo del *Persiles*, nos ocuparemos de aspectos muy concretos y que no guardan aparente relación entre sí, aunque puedan agruparse las tres primeras bajo el denominador común de cotejo o localización de fuentes, mientras dedicamos los dos apartados finales a preguntarnos por la intencionalidad de la obra, con algunas matizaciones o puntualizaciones frente a lo que en tantas ocasiones se viene diciendo.

### *Persiles y Las dos doncellas*

Entre el *Persiles* y *Las dos doncellas* pueden trazarse diversos paralelismos, tanto por la temática como por la forma de exposición. Vamos aquí a mencionar algunos de esos paralelismos sin intención de agotar el tema al ser susceptible de muy varias aproximaciones.

Al igual que en *Persiles*, el planteamiento de la acción en *Las dos doncellas* no sólo responde al esquema de búsqueda de la persona amada, a través de los oportunos desplazamientos y viajes, sino que incluso los desplazamientos se pliegan en buena parte a los esquemas de la peregrinación en dos de sus vertientes principales: peregrinación como sucesión de trabajos y contratiempos, que tratan de superarse, y peregrinación en sentido más estricto de tipo religioso hacia el santuario o santuarios. En uno y otro caso hay que salvar muchas dificultades, a veces entre un mar de sollozos, lágrimas y suspiros.

Ya al comienzo mismo de las obras pueden trazarse estrechas comparaciones al hilo del recuento de lamentaciones y desgracias por parte de Taurisa (*Persiles*) y de Teodora (*Dos doncellas*). Sus lamentaciones llegan a oídos de otras personas que muy cerca de allí quieren ayudar a hacer más soportable el dolor con el remedio consabido de escuchar sus problemas. Y, en efecto, para paliar sus cuitas, Taurisa y Teodora darán cuenta pormenorizada de su vida y triste situación por la que atraviesan.

Comparaciones asimismo estrechas cabe hacer, si atendemos a los finales de las obras, con los casamientos a modo de compensación sentimental de los amantes no correspondidos con hermanos o hermanas de la persona amada. Con lo cual se consigue un final feliz para todos.

En cuanto al desarrollo de las obras caben también las aproximaciones temáticas parciales entre algunos episodios, cual sucede con la venganza que está a punto de cometer en la persona de Feliciano de la Voz su propio hermano, que quiere quitarle la vida por no haber cumplidamente guardado su honra —entregada a un hombre distinto al preferido de la familia— tras haber desaparecido del domicilio paterno, en forma parecida a como sucede con los deseos de venganza —aunque pronto acallados— que siente Rafael en relación con su hermana Teodosia en *Las dos doncellas*.

Las semejanzas se reflejan también en el plano textual, como puede comprobarse a continuación, a través de algunos ejemplos de cotejo<sup>1</sup>. Así, con la situación de alejamiento de sus tierras de origen, con todos los inconvenientes que ello acarrea:

«Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrime que sustente la yedra de nuestras incomodidades.»  
(*Persiles*, 414)

«Lejos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda a lo que menester hubiéredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades.»  
(*Dos doncellas*, 232)

O a la hora de partir de un lugar:

«Llegóse el día de la Partida... entre alegre y triste.»  
(*Persiles*, 342)

«Llegóse, pues, el día de la partida... con alegría mezclada con algún sentimiento triste.»  
(*Dos doncellas*, 234).

O cuanto se trata de dar una cabezada:

«Se fueron a reposar lo poco que de la noche les faltaba.»  
(*Persiles*, 78)

«Y dormid, si podéis, lo poco que debe de quedar de la noche.»  
(*Dos doncellas*, 209).

O de guardar silencio en una reunión:

«Luego se extendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado que apenas los aires se movían.»  
(*Persiles*, 214)

«Y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio.»  
(*Dos doncellas*, 228)

<sup>1</sup> Citamos *Los trabajos de Persiles y Segismunda* por la edic. de Avallé Arce (Madrid 1969); *Las dos doncellas*, por la ed. de Harry Lieber, *Novelas ejemplares*, II (Madrid 1980), 201-237.

O al tratar de comprobar tangencialmente la identidad de una persona:

«Pero dejadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma que aquí ha venido o a matarme, o a engañarme, o a mejorar mi suerte.»  
(*Persiles*, 390)

«Atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada ésta y otras sospechas engendraba.»  
(*Dos doncellas*, 235-36)

Y no digamos nada en relación con los celos, uno de los temas capitales del *Persiles*:

«Sin que la rigurosa y desesperada flecha de los celos no los atravesase las almas.»  
(*Persiles*, 121)

«La fría y temida lanza de los celos, que me pasó el corazón y me abrasó el alma en fuego.»  
(*Dos doncellas*, 218)

Son sólo unos cuantos ejemplos, que pueden servir para completar el cuadro de relaciones del *Persiles* con otras obras de Cervantes; relaciones bien conocidas en lo tocante a *La Española Inglesa* —después de la aportación de Lapesa— o al Quijote, según los cuadros de analogías y diferencias de Alberto Navarro.

### *Ecos del Romancero*

En la compleja elaboración del *Persiles* no es de extrañar que se aprovechen muy diversos materiales y fórmulas de exposición, entre los cuales los procedentes de obras poéticas. Hay momento en que Cervantes utiliza una prosa de alcance o resonancias poéticas. Y el recuerdo a la excelsitud poética de Garcilaso es tan explícito y bien conocido que no necesita mayores comentarios. ¿Pero qué sucede con el romancero, que tanto juego dio a Cervantes en la elaboración del Quijote? Los más serios editores —Schevill-Bonilla y Avallé Arce— han destacado huellas del romancero en el perfil temático de algunos episodios, como puede ser el juramento de venganza de Ruperta. Creemos que el tema, convenientemente investigado, podría dar aún más de sí.

He aquí un ejemplo de influencia del romancero, a lo que creemos, indudable. Cuando Cervantes, al tratar de localizar un episodio en Illescas, llegue a decir: «cogiendo guindas y flores la mañana de San Juan, al tiempo que alboreaba», está recordando expresiones utilizadas en algunos romances: «Mañanica de San Juan, cogiendo rosas y flores» (Arriba, canes, arriba). Y «La mañana de San Juan, al tiempo que alboreaba»<sup>2</sup>. No sabríamos decir si la refundición de los dos romances la hiciera Cervantes o corriera ya por aquel entonces una versión refundida en la tradición oral.

<sup>2</sup> El primer fragmento pertenece al romance que comienza «arriba canes arriba» —*Cancionero de 1550*, Romances (Anvers, 1550), ed. Rodríguez Monino (Madrid, 1967), 282—; y el segundo puede verse en Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos VII* (Santander, 1944). (Se conservan otras versiones a través de la tradición oral. Así por ejemplo, José María Cossío, *Romances de tradición oral* [Buenos Aires, 1947], 134).

Un caso menos evidente, al tratarse de un tópico político-social, es el que ofrece Cervantes en la siguiente versión: «La libertad, según yo he oído decir, no debe ser vendida por ningún dinero», puesto en relación por los editores del *Persiles* con la tradición clásica. Pero el tópico se encuentra también en alguna muestra del romancero, como la siguiente: «El bien de la libertad por ningún precio es comprado»<sup>3</sup>.

En cuanto al tema de la venganza de Ruperta (*Persiles*, III, 16 y 17) felizmente no consumada, se trata de un tema de venganza extremada, con un proceso de elaboración muy complejo, a pesar de su aparente sencillez y ritmo ágil de prosa. De ahí que confluyan en el episodio diversos antecedentes, entre las cuales los pertenecientes a los libros de caballerías, espigados agudamente por Rosa María Lida, y los del propio romancero, no menos caballerescos, aunque de planteamiento éticos a veces bien distintos. Y en el romancero no habría que pensar sólo en los círculos del Marqués de Mantua, sino de forma más abierta, en casos como los del juramento del Conde Dirlos, bajo un fondo general de luto y tristeza bien característico. No se olvide que las venganzas extremosas, con todo su acompañamiento de juramentos, maldiciones y rieptos —como el famoso de Diego Ordóñez— son bien característicos del romancero. Pero el tema de las venganzas en el *Persiles* necesita tratamiento pormenorizado que aquí no podemos ofrecer.

#### *Grullas o ánades (Persiles, III, 8)*

Entre los descuidos atribuidos a Cervantes en el *Persiles* se ha recordado, más de una vez, la cita de grullas en lugar de ánades, a propósito de un pasaje de Plutarco. Cervantes habría confundido grullas con ánades, al no recordar bien el pasaje de Plutarco sobre la materia<sup>4</sup>. Pero en la época de Cervantes —y aun en épocas más remotas— se había difundido ampliamente ya la creencia sobre la cautela de las grullas, de ponerse un canto en la boca para de esa forma no hacer ruidos y pasar sigilosas ante las águilas que estaban al acecho. Recordemos por ejemplo el pasaje de las *Empresas morales* de Juan de Borja:

«de las grullas escriben los naturales, que quando pasan por el monte Tauro, porque no las sientan las águilas pasar graznando, toman unas piedras en la boca, y con esto van seguras en su viage»<sup>5</sup>.

Y si algún otro autor de Emblemas, como Hernando de Soto, hace referencia sobre el particular a los ánades o ansares, citando esta vez a Plinio, no dejará de advertir al final que otros autores hacen lo propio con las grullas:

«el ansar, de quienes se dice entre otras propiedades que tiene, que pasando el monte Tauro, lleva una piedra en el pico para dejar de ha-

<sup>3</sup> Así es como termina el romance de los cinco maravedíes. (En *Cancionero de Romances*, 241).

<sup>4</sup> Tal como lo indicaron ya Schevill-Bonilla en su ed. del *Persiles* (Madrid 1914) y vuelve a insistir sobre el tema Avalor Arce en su ed., pág. 331.

<sup>5</sup> Juan de Borja, *Empresas Morales* (Praga 1581). Manejo la edición de 1880 en Bruselas, pág. 41, recientemente vuelto a publicar.

zer ruido, y que le maten las águilas (Aunque esto escriben otros de las grullas)»<sup>6</sup>.

Por lo demás hubo variantes en la narración sobre la cautela atribuida a las grullas, como cuando se llega a decir que en lugar de ponerse en el pico la piedra la llevaban en una de las patas, convenientemente recogida; sin que falten autores que prefieren sustituir la piedra por otro objeto, un palo, por ejemplo<sup>7</sup>. Había, pues, distintas versiones sobre el particular. Cervantes no hizo otra cosa que seguir una de las versiones más difundidas.

Resulta mucho más difícil saber si Cervantes trajo a colación el tema de las grullas como apostilla, más o menos erudita, o como un simple divertimento, o si había en el fondo algún grado de intencionalidad política en lo tocante al haber dejado de lado los peregrinos la Corte dando un rodeo para no entrar en la capital. Piénsese que la referencia al comportamiento de las grullas solía apuntar a temas políticos, como el silencio del príncipe<sup>8</sup>. Sin que falten autores que consideren a tan curiosas aves como símbolos de la democracia, del orden en la república, o de la unidad que pueda conferir la Monarquía en el ámbito político<sup>9</sup>. Dejemos aquí el tema simplemente apuntado.

### *El alcance de la idea de peregrinación a Roma*

A pesar de la importancia que pueda tener la peregrinación a Roma como hilo conductor del Persiles, conviene reparar en el tema para introducir algunas matizaciones, que tal vez pudieran resultar útiles o esclarecedoras. Hay que distinguir aquí también entre las dos partes del Persiles (Libros I-II y III-IV). En los dos primeros libros que vienen a configurar la denominada parte primera, la idea de peregrinar a Roma apenas sí se insinúa. El grueso de los personajes marcha con ideas y aspiraciones bien distintas de unos a otros casos. Pero siempre con un denominador común, que cada cual expresa a su manera, aunque de forma insistente. Se trata de personajes desarraigados que se han visto por unas u otras razones desplazados de sus tierras

<sup>6</sup> Hernando de Soto, *Emblemas moralizados* (Madrid, 1983), pág. 23 r y v. Otras referencias en términos generales, sin aportar pasajes concretos, en R. Osuna, *Las fechas del Persiles*, en *Thesaurus*, XXV (1970), 408. Sobre la vigilancia atribuida a las grullas, *Quijote*, II, XII.

<sup>7</sup> Garau, *El sabio instruido de la naturaleza*, II (Madrid, 1977), 41. O como dice Gregorio González: «Más centinela estuve yo que una grulla, porque a ellas despiértalas la piedra que en la mano tienen si se les cae» (*El Guitrón Onofre* [Salamanca 1988], 245).

Ya en la versión de Alciato, por Diego López, se recogen los dos planteamientos en torno a la grulla.

<sup>8</sup> Al tema del silencio del príncipe se ha referido recientemente P. Pedraza, *El silencio del Príncipe*, en *Revista Goya*, 187-88 (1975), 37-46.

<sup>9</sup> Sobre el orden político, cfr. lo que dice Torres Naharro en *Soldadesca*, ed. D. W. McPheeters (Madrid, 1980), 100, sobre la democracia recoge interesantes observaciones Ferrer de Valdecebro; y en cuanto al argumento de la unidad monárquica —situando a las grullas al lado de las abejas— puede servir de ejemplo el propio Castillo de Bobadilla, *Política para correidores y señores de vasallos*, I (Amberes, 1704), 8.

de origen adonde desean fervientemente regresar lo antes posible. Como dirá Mauricio a modo de resumen de tan compartida aspiración:

«... Digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos y me den el último vale. Este bien y merced conseguiremos todos cuantos aquí estamos, pues todos somos extranjeros y ausentes, y todos, a lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallaremos en las ajenas»<sup>10</sup>.

La patria es, pues, el norte de sus aspiraciones. Y ese sentimiento para algunos es aún más trágico y angustioso al haber sido desterrados por sentencia firme, sin posibilidad alguna de regresar, a su dulce y amada patria, como el maldiciente Clodio<sup>11</sup>.

El amor a la patria, en su doble vertiente de lugar de nacimiento y de entidad política, es el sentimiento común o más generalizado entre los sufridos personajes del *Persiles I*. Incluso la propia Auristela parece dejarse arrastrar por el sentimiento cuando llega a decir en una ocasión: «ni penséis en peligros venideros: que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará a nuestras dulces patrias»<sup>12</sup>.

¿Qué lugar ocupa, ante semejante situación, la idea de una peregrinación a Roma? Bien escasa, a lo que parece, si se descuenta tal cual balbuceo o insinuación por parte de Periandro a Auristela, con la secuela consabida de Arnaldo —aunque sólo en este último caso a partir de determinado momento—. Lo cual no significa que no se maneje aquí y allá el término peregrinación —de tan amplia proyección semántica— por lo general empleado ante quienes sufren, como en este caso, peligros, trabajos y asechanzas en número muy considerable. Es bien significativo que sólo excepcionalmente Periandro y Auristela hablen con carácter general y a la vista de todos de su destino a Roma, sin despertar, por lo demás gran entusiasmo entre sus acompañantes<sup>13</sup>. Y no se olvide que al comienzo de la obra se dirá de la propia Auristela que tenía hecho un voto; pero un voto no de ir a Roma, sino de «guardar virginidad toda su vida».

Pero todo cambia al tocar tierra peninsular. A partir de este momento los acompañantes de los dos príncipes, movidos por un mismo impulso, empiezan a actuar y a sentir como peregrinos. Y para que no haya duda cambian sus vestimentas a la bárbara por trajes de peregrinos. Se trata de peregrinos que van a Roma formando grupo bien unido. De ahí que se hable aho-

<sup>10</sup> *Los trabajos de Persiles*, 197. Ya antes Mauricio había manifestado parecida inclinación: «el deseo de volver a nuestras patrias» (pág. 123). Sólo Transila se resiste a volver a su patria, tras su sobrecogedora experiencia (pág. 178).

<sup>11</sup> *Los trabajos de Persiles*, 191.

<sup>12</sup> *Los trabajos de Persiles*, 198.

<sup>13</sup> Periandro al comenzar la narración de sus trabajos dirá: «hasta verse en Roma con Auristela»; más adelante volverá a insistir en el tema al describir una especie de sueño (*Los trabajos de Persiles*, 207 y 243).

Es curioso señalar que lo del destino a Roma les sirve de excusa para ocultar su verdadera identidad.

ra de la «tropa de peregrinos o de los peregrinos», sin más connotaciones. Sólo que aquí también cabe hacer algunas matizaciones.

En primer lugar en el propio *Persiles* hay peregrinos y peregrinos. Cervantes no traza la nómina del peregrinar ni marca los criterios de clasificación de los peregrinantes, pero hace algunos apuntamientos a través de la presentación excéntrica de ciertos personajes metidos a romeros, como quienes van a pasar el rato, de santuario en santuario, o aquellos otros que son calificados de falsos peregrinos. Sea como fuere, nuestros peregrinos responden a una caracterización bastante específica.

No se trata de peregrinos ordinarios, de los que van pidiendo limosna con que sustentarse. Estamos ante un tipo de peregrinar bastante cómodo y llevadero, al uso de personas principales, que disponen de medios específicos y bien dotados para su viaje, con bagaje y provisiones, hasta poder incluso repartir a los demás cuando llega el caso. Y a partir de Ocaña van a disponer de servidor o criado —antes de que se decida a escapar— que cuidará del bagaje y de disponer todo lo preciso para el avituallamiento, con manteles incluidos. Y es bien significativo que el tal criado no vaya vestido de peregrino, sino a lo que parece, según su calidad de sirviente y sólo podrá vestirse de peregrino cuando emprenda la huida, tras robar del bagaje dos trajes de peregrino, uno para sí y otro para su acompañante, la peligrosa y disoluta talaverana. Peregrinos además que circulan por la Península con pasaportes especiales y al arrimo de autoridades o notables del lugar por donde atraviesan. Y aunque alguna vez pregunten por el hospital de peregrinos de la zona, lo cierto es que siempre encuentran alojamientos cómodos y bien provistos, aunque no siempre resulten seguros.

Conviene asimismo recordar que la ilustre tropa de peregrinos goza de una cierta protección armada, cifrada en los estoques de los bordones y en el arco y flechas del fiero Antonio, que en algún momento llegará a utilizar. Y no digamos nada sobre la curiosa estampa de duelo ofrecida por tan altos personajes como Arnaldo y el Duque de Nemours, en hábitos de peregrinos y a golpes de estoque.

Cabe finalmente recordar que el tiempo que nuestros peregrinos dedican a los actos de devoción y culto es un tanto reducido al lado de la trepidante atmósfera de aventuras y sucesos varios en que se ven envueltos (frente a lo que sucede por ejemplo en el *Amadís*, aquí tampoco ni una sola vez se habla explícitamente de oír misa). Pero sobre todo, no se olvide que la propia idea de ir a Roma no partió de la pareja de enamorados príncipes, sino de la reina madre, a modo de excusa para salvaguardar el amor de los dos tiernos amantes y evitar posibles acechanzas, como las del propio hermano de Periandro, sucesor en el reino, de trato fiero y costumbres al parecer no muy recomendables.

Por todo ello, la idea de peregrinar a Roma queda, cuando menos, un tanto relativizada, a la hora de la caracterización global del *Persiles*. Por importante que resulte, es un elemento más a la hora de la interpretación de una obra tan compleja y en la que tanto empeño puso su autor.

*Una cierta españolización del Persiles*

Otro aspecto que interesa destacar es el proceso de españolización que se advierte en la parte segunda de la obra, o lo que es lo mismo, la importancia que va cobrando todo lo relacionado con España y con la forma de pensar o de comportarse de los españoles. No hace falta decir que en este sentido el recorrido de los peregrinos por tierras hispanas resulta fundamental para conocer el ambiente y paisaje, campesino y ciudadano, de una tierra que se considera madre común de distintas naciones. De ahí la serie de elogios o los ríos —con el Tajo a la cabeza— a las poblaciones —Toledo, patria desde los godos— o al propio ambiente de seguridad que se respira en España, aunque Cervantes tuviera que dejar de lado el tema del bandolerismo catalán, tan presente en otros escritos suyos (no sólo en *el Quijote*, sino en *Las dos doncellas*). Pero tal vez lo más curioso sea que en algún caso los elogios se atribuyen a extranjeros, como Periandro, hasta el punto de que Cervantes, a propósito de la exaltación de la ciudad de Toledo, tenga que advertir a modo de excusa, que mejor hubiesen estado esas palabras de elogio en boca de un español —el español Antonio— que en las de extranjeros. Extranjeros que, como el polaco Banadre, terminan hablando nuestra propia lengua, como un español más, hasta llegar a ser confundidos con españoles. El caso de Periandro es bien significativo. No es solo que Hipólita, al tratar de seducirle le tome por un español, sino que el propio Periandro, como aceptando el reto, llega a hacerse pasar por tal:

«Aunque soy español» dirá, a la hora de poner excusas sobre su comportamiento más o menos valiente, siendo la valentía una especie de divisa de los hispánico<sup>14</sup>.

Por otro lado, cuando los peregrinos siguen su ruta fuera de España, los juicios sobre las cosas y parajes de Francia se hacen con la mirada puesta en España. Sirva de ejemplo el juicio emitido sobre la ciudad de Luca, a tenor de lo bien vistos que están los españoles en aquella ciudad. Y es muy significativo también que muchos de los personajes con los que se encuentran en su peregrinar sean españoles, como el peregrino que cerca de Roma trata de ganarse la vida escribiendo un libro a base de aforismos de ajena invención. Y en fin, una de las fórmulas empleadas en el saludo es la de preguntar sobre si el interlocutor es o no español. En suma, el ambiente español penetra por doquier en forma mucho más intensa de como sucede en las inclementes tierras de la primera parte.

---

<sup>14</sup> *Los trabajos de Persiles*, 445. Todo lo cual viene precedido de una serie de consideraciones sobre la fama de valientes que tienen los españoles.